

Cruces de miradas, en la misma acera

Alejandro Fidalgo del Río



Capítulo 1

Arranco el día mirando al suelo, sentado sobre mi cama,
Con las manos en mi cabeza, y los codos en mis piernas,
Nada para de presionarme y matarme,
Mientras ayer era el tío mas sano de toda la sala,
en la inauguración de una obra de la que no estoy muy orgulloso,
sigo observando el suelo,
recordando cada uno de los abrazos de ayer,
escupo, sale sangre y me cago en la puta,
mientras todo me presiona más y más,
al día siguiente de una presentación de todo un año,
con la mirada fija de Mitchelle, substituida
por una mala dosis de anfetas,
con las que vi las estrellas y completé mi obra,
un bonito discurso y para compensar
un espectáculo esperpéntico,
al romper cada uno de los cuadros que allí colgué
menudo gilipollas desaliñado! Gritaron todos yéndose,
entre la multitud,
una estaca permaneció firme esperando mi opinión,
la vi de reojo con mi mirada clavada en la baldosa sobre la que me
posaba,
nervioso quizás por como pagaría todo aquello,

o por no conocer una gasolinera 24H cercana, al lado,
el caso es que sus tacones subieron el volumen,
rompiendo mis tímpanos en el definitivo hacia un cómodo asentamiento,
bonita excusa! Me dijo
que hablas? Sin levantar la cabeza,
estás muerto, eres un espacio vacío, negro, húmedo,

cualquier luz quemaría tus plantas y tu rebosante tierra fértil, que nunca
vas a vender, y siempre quedará para ti, la resguardas, y de ella algún día
renacerás como un cactus en la frontera del desierto, levantando tus
puntas al sol de las 3, y regalándolas en la luna de las 12, o al menos eso
crees, hoy cerraste la contra otra vez, para que los duendes revoloteen
solos en casa mientras preparan unas dulces galletas con crema, sé que lo
conseguiréis, y todos los que hoy se fueron, reconstruirán tu obra hoy
destrozada, trabajando en el centro de las calles, para parar todo el
tráfico regional.

Levanté la cabeza, con un cigarro en mi comesura, me puse en pie, abrí la
contra, salí y crucé la calle. Ella levantó su delicado cuello por encima de
la cornisa, para ver como yo la llamaba con mi mano.

Un camión de chatarra interpuso nuestras miradas dirección las
montañas, tras su paso, nunca mas la veré.

Ahora, sus amigos, la van a visitar observando, con olor y dulzura de
dulces galletas de crema, como encarna boca abajo, un diálogo
permanente con la baldosa que sienta.

Son las 10, me pegaré una ducha, y compraré el periódico, hoy trabajo de
tarde.